

XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2019.

UN HABITAR INVISIBLE: VIVIR LA CIUDAD DESDE LA DISCAPACIDAD.

Sofía Angulo.

Cita:

Sofía Angulo (2019). *UN HABITAR INVISIBLE: VIVIR LA CIUDAD DESDE LA DISCAPACIDAD. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/656>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UN HABITAR INVISIBLE: VIVIR LA CIUDAD DESDE LA DISCAPACIDAD

Sofía Angulo Benítez

Eje 6: Cultura, Significación, Comunicación, Identidades

Mesa 110: La “discapacidad” en cuestión: significados, percepciones e identidades en disputa

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República

sofia.angulo@cienciassociales.edu.uy

Resumen

La forma de usar la ciudad está vinculada a la movilidad y ésta, a su vez, habilita y constriñe posibilidades de interacciones y de encuentros. Se despliegan así un conjunto de desigualdades que adquieren una particularidad cuando el habitar está transversalizado por la discapacidad. El objetivo es comprender la forma en la que transitan, se mueven y usan la ciudad los habitantes con discapacidad de Montevideo. Para ello se utilizan seis grupos de discusión conformados por: personas sordas, personas con Síndrome de Down, personas usuarias de sillas de ruedas, personas con movilidad reducida y personas ciegas. El análisis permite identificar circuitos “forzados” y desplazamientos “condicionados”, los movimientos en la ciudad son limitados en función de la accesibilidad. Las vivencias están determinadas por sus recorridos habituales, por lo que se reducen las posibilidades vinculadas al uso y apropiación de la ciudad, incidiendo en las concreciones de proyectos laborales, educativos y personales. Asimismo se distinguen experiencias similares vinculadas a la discriminación y la segregación que se encarnan en cada uno de ellos a través de la mirada “ajena” de los otros. Se destaca también la necesidad de repensar el diseño de la ciudad incorporando la voz de los habitantes con discapacidad para disminuir las barreras materiales y relacionales. Finalmente se entiende imprescindible políticas públicas que interpelen y desnaturalicen dichas situaciones de desigualdad.

Palabras clave: Discapacidad – Movilidad – Segregación Urbana

1. Introducción

La forma de usar la ciudad, de acceder a sus múltiples espacios, está estrechamente vinculada a la movilidad y ésta, a su vez, habilita y constriñe posibilidades de interacciones y de encuentros entre unos y otros. De modo que una mayor posibilidad de movimientos habilita un mayor acceso a bienes y servicios, al tiempo que las restricciones en este sentido disminuyen la estructura de oportunidades y las posibilidades de concretar proyectos de vida. Se despliegan así un conjunto de desigualdades sociales que generan y reproducen brechas entre unos y otros. En este trabajo interesa abordar las vivencias en la ciudad desde las experiencias de las personas con discapacidad, lo cual implica adoptar una perspectiva anclada en las relaciones sociales, trascendiendo la noción de la ciudad como mero encuadre físico y geográfico de relaciones sociales. Esta perspectiva, al mismo tiempo, requiere de la incorporación de las nociones de barreras relacionales y materiales que adquieren una particularidad específica en los sujetos que están transversalizados por la discapacidad.

Las barreras en la ciudad, tanto materiales como relacionales, inciden en las formas de vivir la ciudad de las personas con discapacidad. Las barreras materiales están vinculadas con elementos que obstaculizan el uso, acceso y tránsito en el espacio urbano, son aquellos factores de los espacios públicos que restringen y limitan las actividades de la vida cotidiana. Estos pueden ser de tipo urbanísticos vinculados a la vía pública, los espacios públicos; arquitectónicas como el acceso a edificios públicos; y de transportes en referencia a los medios de transporte y la inaccesibilidad. Este tipo de barreras responden a problemas estructurales que se derivan, principalmente, de unos imaginarios y estereotipos que colocan a la persona con discapacidad como “dependiente” de otros sin discapacidad para su traslado y movimiento en la ciudad. A su vez, estos traslados son, casi exclusivamente, hacia sitios de “rehabilitación” (centros educativos “especiales”, centros de salud) sin dejar siquiera margen para que las propias personas con discapacidad decidan sobre su movilidad en la ciudad. Este imaginario está estrechamente vinculado a otro tipo de barreras, las relacionales, que refieren a actitudes y comportamientos que colocan el énfasis en la alteración de la función corporal que provoca la deficiencia. De la misma manera que sucede con las barreras materiales, las barreras relacionales se producen y reproducen generando unas representaciones e imaginarios sociales que identifican a la discapacidad con el sujeto, tomando la parte por el todo¹.

Resulta pertinente destacar que, lejos de ser un atributo neutral, la discapacidad es un producto social que responde a un determinado contexto en el que se despliegan relaciones sociales, histórica y culturalmente determinadas². La discapacidad trasciende las fronteras de las

¹ Angulo, S. (2018) *Jóvenes silenciados. Situación, condición y posición de discapacidad de los jóvenes sordos y su vínculo con el trabajo*. Tesis de Maestría en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

² Brogna, P. (2009) (Comp.) *Visiones y revisiones de la discapacidad*, Fondo de Cultura Económica, México.

representaciones e imaginarios sociales para incorporarse en los propios sujetos portadores de un cuerpo “deficitario”. El hecho de tener alguna deficiencia es un motivo suficiente para estar situadas en una posición de desventaja con respecto al resto. Poseer un cuerpo “incapaz”, “deficitario”, “diferente” alcanza para que las personas queden situadas hacia los márgenes, cuando no por fuera, de la vida social. Esto genera que las personas con discapacidad se encuentren con escasas posibilidades de decidir sobre su propia vida, pues generalmente éstas quedan destinadas a las decisiones de un otro sin discapacidad. Lo que, de forma simultánea, legitima el hecho de que las personas con discapacidad no se encuentren “aptas” para tomar decisiones sobre su propia vida³.

En el caso de las personas con discapacidad el acceso a la ciudad trasciende su concepción inherente. La noción de accesibilidad va más allá del hecho de acceder a un lugar o a un bien, implica una acción reivindicativa dado que está relacionada a la inclusión de un colectivo con participación en la vida social y en igualdad de oportunidades. Está vinculada a la existencia de posibilidades y oportunidades para todos los sujetos, sin distinción y en igualdad de condiciones para su acceso (desde un espacio público a un producto o servicio), mediante diseños, planes y programas que tengan en cuenta la diversidad y un enfoque desde la accesibilidad universal. Este enfoque procura superar la asociación directa entre discapacidad y accesibilidad, propone una forma de abordaje e intervención que conjugue la eliminación de las barreras, materiales y relacionales, y el diseño universal.

A medida que aumenta el espacio en el que una persona no solo se desplaza, sino que lo usa y se apropia, el acceso a las oportunidades (ofertas laborales, culturales, educativas, sociales, deportivas e incluso de diversión) que ofrece su ciudad se ve también en aumento. De modo que la falta de accesibilidad a los espacios, lugares, productos y servicios de la ciudad se convierte en uno de los obstáculos que pone en tensión el ejercicio de sus derechos (derecho a la educación, al

Brogna, P. (2006) *La discapacidad: ¿una obra escrita por los actores de reparto? el paradigma social de la discapacidad: realidad o utopía en el nuevo escenario latinoamericano*, Tesis de Maestría en Estudios Políticos y Sociales, Universidad Autónoma de México, México.

Ferrante, C. (2015) “Políticas de los cuerpos, discapacidad y capitalismo en América Latina. La vigencia de la tragedia médica personal” en *Revista Inclusiones*, Volumen Especial, pp. 33 – 53, Chile.

Ferrante, C. Venturiello, P. (2014) “El aporte de las nociones de cuerpo y experiencia para la comprensión de la ‘discapacidad’ como asunto político” en *Revista Chilena de Terapia Ocupacional*, vol. 14, n° 2, pp. 45 – 59, Chile.

Ferrante, C. (2009) “Las nuevas aportaciones del modelo social de la discapacidad: una reflexión sociológica crítica”, en *Intersticios: Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, vol. 3, pp. 59 – 66, España.

Oliver, M. (1998) “¿Una sociología de la Discapacidad o una sociología discapacitada?” en Barton, L. (Comp.). *Discapacidad y Sociedad*, Editorial Morata, Madrid, España.

Oliver, M. (1990) “The Individual and Social Models of Disability”, Joint Workshop of the Living Options Group and the Research Unit of the Royal College of Physicians, United Kingdom.

³Angulo, S. (2018) *Jóvenes silenciados. Situación, condición y posición de discapacidad de los jóvenes sordos y su vínculo con el trabajo*. Tesis de Maestría en Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República.

Míguez, MN. (coord.) (2017) *Cuidados en el Uruguay: entre subjetividades y objetividades en el primer año de implementación del Programa de asistentes personales: setiembre 2014 - noviembre 2015*, Estudios Sociológicos Editora, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. Disponible en: https://issuu.com/cieseditora/docs/cuidados_en_el_uruguay

Míguez, M. (2012) *Del dicho al hecho. Políticas sociales y discapacidad en el Uruguay progresista*, Estudios Sociológicos Editora, Buenos Aires, Argentina.

Míguez, M. (2009) *La construcción social de la discapacidad*, Ediciones Trilce, Montevideo.

trabajo, a la recreación, a la ciudad). Esto genera que el nodo central se encuentre en la accesibilidad, volviéndose trascendental detectar y conocer las barreras materiales y relacionales, a los efectos de lograr su eliminación o al menos su disminución.

La segregación urbana es vivida por las personas con discapacidad y ésta es solapada con las diferentes formas de marginalización, discriminación y exclusión, y tiene consecuencias no solo en la vida cotidiana de los sujetos sino también en los procesos de segregación de la ciudad. Una aproximación a la segregación urbana es posible realizarla a través de las fronteras desplegadas en la ciudad entre habitantes con discapacidad y habitantes sin discapacidad, en sus movimientos y en su acceso a la ciudad, las cuales inciden en las formas de vivenciar la ciudad. De modo que problematizar y volver visibles las barreras relacionales y materiales que aún persisten en Montevideo se vuelve fundamental.

En este contexto resulta de interés abordar la forma en la que transitan, se mueven y usan la ciudad los habitantes con discapacidad de Montevideo. Se procura contribuir en dos sentidos, por un lado, en torno a la reflexión más general sobre la segregación urbana en Montevideo, y por otro lado, sobre la movilidad cotidiana, el acceso y el uso de la ciudad de las personas con discapacidad. Para ello se utilizan seis grupos de discusión, realizados entre el 2017 y el 2018, uno conformado por personas sordas, uno constituido por personas con Síndrome de Down, otro conformado por personas usuarias de sillas de ruedas, otro por personas con movilidad reducida y finalmente dos grupos constituidos por personas ciegas. Este análisis permite colocar evidencia en torno a las fronteras, los límites, los circuitos, los usos de la ciudad de Montevideo desde la perspectiva y vivencia de sus propios habitantes. Al tiempo que contribuye en la problematización de las distancias sociales entre habitantes con discapacidad y sin discapacidad que no hacen más que reproducir procesos de segregación y fragmentación en la ciudad.

2. La movilidad en la ciudad (i): “*Si me muevo tengo vida*”

En función del análisis de los discursos de los grupos de discusión realizados por personas con discapacidad en la ciudad de Montevideo es posible distinguir la centralidad que adquiere la movilidad en sus cotidianidades. Es sabido que la movilidad es un elemento central en la vida cotidiana de los sujetos, permitiendo recorridos, acercando a unos y distanciando a otros. En este escenario los medios de transporte adquieren especial relevancia para las personas con discapacidad, dado que además de permitir el desplazamiento de un lugar a otro de la ciudad, “algo súper necesario porque es lo que te va a llevar a cualquier lado, a estudiar, a trabajar, a consumir”, poseen una connotación simbólica vinculada a la autonomía del sujeto: “me gusta viajar sola en los ómnibus”, “poder moverte es calidad de vida”, “si me muevo tengo vida”.

En los diferentes grupos de discusión se manifiestan las barreras que existen en torno a los medios de transporte, tanto público como privado. Por un lado los medios de transporte públicos y accesibles presentan horarios reducidos: “pueden pasar cuatro ómnibus sin accesibilidad y por allá te pasa uno”, “estuve tres horas no pasaba ninguno con rampa y si no tenían rampa no me dejaban subir”. Se plantea la escasa frecuencia de las líneas de los ómnibus accesibles (“si bien hay más frecuencias que antes”), la poca visibilidad de tales líneas (“tengo que estar atento porque vienen rapidísimo y cuando les haces seña te paran allá, a las cansadas, y no podés subir y se van”) y el relacionamiento con los choferes (“te paran dónde quieren y cómo quieren”).

La movilidad en la ciudad es “forzada”, “condicionada”, “guiada”, por la gestión municipal y las empresas de los medios de transporte públicos. Las personas con discapacidad identifican su movilidad “súper determinadas”, “tenés ciertos recorridos o lugares más frecuentes porque sabés que podés llegar”. Se realizan unos movimientos “determinados” ya que se identifican como la única vía de acceso y circulación, reduciéndose así la posibilidad de generar movimientos y circuitos en la ciudad que respondan a intereses propios. Es una movilidad “limitada” y “reducida” que además de impactar en recorridos específicos, tiene implicancias prácticas para el ejercicio de la autonomía de las personas con discapacidad. De modo que la movilidad lejos de ser elegida es exigida, estructurando a las personas con discapacidad “lejos de todo y de todos”.

Con respecto a los espacios públicos, se identifican un conjunto de lugares que presentan dificultades para el acceso y uso, teniendo implicancias en la forma de usar y transitar la ciudad, así como también en el relacionamiento con los otros. Se mencionan las plazas como “el” espacio público por excelencia, sin embargo identifican un uso restringido por la falta de accesibilidad. Asimismo otro espacio público de la ciudad que identifican como lugar de encuentros es el shopping, sin embargo es vivido como un “lugar hostil”: “son enormes, hay mucha gente, no hay referencia ninguna”, “no tienen referencia de nada solo te podés guiar por algún olor de alguna tienda en particular”. Luego de mencionar a los grandes centros comerciales como espacios adversos y desfavorables para su uso, identifican a los supermercados como otro lugar que, si bien no es un espacio público, presenta barreras en el acceso y uso. No sólo no existen referencias claras ni señalizaciones, sino que la movilidad se ve reducida: “por ejemplo cómo ponen las cajas o el acceso a las góndolas, me pasa que hay muchas góndolas y no puedo entrar, además ponen todas las cajas en el medio y vos no pasas por ahí”. Las posibilidades de consumo en estos locales se ve disminuida y la decisión del consumo se desplaza hacia otro sin discapacidad: “son otros que eligen qué voy a comer y hasta qué papel higiénico voy a usar”.

La ciudad de Montevideo, desde el discurso de las personas con discapacidad, es clasificada en función de su centro, como nodo que cuenta con un conjunto de servicios, bienes y espacios

accesibles, y su periferia, que presenta una serie de problemáticas asociadas a la accesibilidad y generadas, principalmente, por los medios de transporte. En el centro encuentran mayor oferta de servicios (comercios, restaurantes, espectáculos, servicios públicos) y de espacios públicos (plazas): “nosotros estamos acostumbrados a andar por 18 que es un lugar bastante accesible”, “los lugares más accesibles están en el centro”. Sin embargo el “problema principal” es la movilidad, la forma de llegar al centro: “si el transporte no es accesible, si los barrios están hechos bolsa al punto de que no son accesibles no hay manera de llegar al centro” (Grupo de discusión de personas ciegas). Mientras que hacia la periferia de la ciudad se encuentran los mayores obstáculos y barreras: “voy caminando por la calle porque no hay veredas y las veredas que hay están rotas” (Grupo de discusión de personas ciegas). No sólo la movilidad se ve ampliamente reducida sino también los espacios públicos y servicios accesibles: “no puedo salir ni de mi casa”. Los hogares de las personas con discapacidad que se encuentran hacia la periferia se vuelven un confinamiento, las personas con discapacidad se encuentran encerradas en sus propios hogares debido a las barreras que el entorno urbano despliega. Sobre esta misma línea sostienen que “Montevideo no es sólo el centro”, se pone en tensión la relación centro-periferia que se establece en función de la accesibilidad, la ciudad “es mucho más”. En este sentido, reivindican un mayor uso de la ciudad, exigen una ciudad accesible más allá de los límites establecidos por los “barrios del centro” (Centro, Cordón, Ciudad Vieja).

3. La movilidad en la ciudad (ii): “Te miran mal”:

Hasta acá el foco ha estado, principalmente, en las barreras materiales que se transforman en obstáculos al momento de usar la ciudad. Estas barreras han sido identificadas principalmente por las personas usuarias de sillas de ruedas y personas ciegas. Ahora bien, las personas con Síndrome de Down colocan el énfasis en las barreras relacionales, aparece una problemática que surge de la cotidianeidad en la ciudad y adquiere notoria relevancia durante sus discursos. Es la discriminación que vivencian en los distintos espacios públicos: “siempre te miran mal”. Esta mirada del otro sin discapacidad es una mirada que juzga, que sitúa a la persona con Síndrome de Down como portadora de un cuerpo “inadecuado”, alejado de los estándares del cuerpo “legítimo” que responde a un determinado deber ser. Un comportamiento que bien podría considerarse como pasivo, exento de vínculo, dominado por la lejanía, sin embargo esta “indiferencia social” adquiere relevancia a través de la mirada: “no te hacen nada pero te miran como un extraño”, “nos dicen cosas con los ojos”, “nos miran mal”, es una mirada que condena a partir de la distancia social. Si bien “antes se veía menos gente con discapacidad, ahora ves mucha más gente con discapacidad en la calle, pero la gente te dispara igual como si fueras un bicho”. Esta conducta reiterativa y cotidiana desprende, de forma implícita, una condena por el hecho de poseer un cuerpo que difiere de la norma, un

cuerpo “diferente” y unas representaciones asociadas a tales cuerpos: “nos miran mal sólo por eso”. Una discriminación que se vivencia “en cualquier lugar” de la ciudad, en los espacios públicos, como en los medios de transporte y en la vía pública, pero también en ámbitos privados, como en los lugares de trabajo y en centros educativos: “en la calle hay gente de todo tipo pero la mayoría se abre, se va para otro lado, dan vuelta la cabeza”. Esta idea de “abrir el paso”, de dar una pisada distinta al “mirarlas” para marcar la diferencia, al “verlas” la gente se va para “otro lado”, para un lugar distinto al que están, para evadir el contacto visual “dan vuelta la cabeza” y evitan así el contacto con “lo extraño”.

Del análisis se desprende que estas experiencias vividas en la ciudad surgen, según las propias personas con Síndrome de Down, por la falta de información. Si bien sostienen que “la mayoría de las veces la gente no se da cuenta cómo ofende o hace daño a una persona”, esta falta de información produce dolores, “te dejan mal”, “no es una sensación que guste”. Se suele confundir al Síndrome de Down con una enfermedad, considerando las marcas corporales en términos de secuelas de la enfermedad. En este sentido, el sujeto portador del síndrome carga con unos atributos asociados a roles victimarios, infantiles, teológicos o mágicos. Se les suelen atribuir nociones como: “pobrecito”, “no tienen maldad”, “son ángeles”, “son unos niños toda la vida”. De modo que es el sujeto, al poseer un cuerpo alejado de la norma, quien debe adecuarse para participar de la vida en sociedad, depositando exclusivamente en el sujeto la responsabilidad de su situación de marginalización, vulnerabilidad y segregación. Sin embargo ha de considerarse desde la discapacidad, “hay gente que piensa que el Síndrome de Down es una enfermedad y no es así, es una discapacidad”. Desde este enfoque se deja de entender como un “problema de salud” o como una “tragedia personal”, el foco no está puesto en las condiciones biológicas sino en el contexto social, considerando que es el entorno el que produce, genera y consolida la exclusión hacia los márgenes de la sociedad a partir de la posesión de cuerpos “deficientes”.

A partir del grupo de discusión de las personas con Síndrome de Down es posible resaltar la reflexividad que poseen sobre su situación de discapacidad y el cuestionamiento en torno a las barreras a las que se enfrentan cotidianamente, lo que les permite desnaturalizar sus experiencias y comprender cómo es el entorno el que “discapacita” y los sitúa hacia los márgenes de la ciudad.

4. La participación en la ciudad: “¿Por qué estás solo?”

Desde los discursos de los grupos de discusión se distinguen preguntas que son recurrentes en la cotidianeidad de cada uno: “¿por qué estás solo?”, “¿no viniste acompañado?”, “¿podés hacerlo vos solo?”. Estas interrogantes responden a aquel imaginario social donde la persona con discapacidad “es enfermita”, “no puede hacer nada sola” y por lo tanto “es una carga” para la

familia que tiene que estar “siempre” para resolver sus asuntos. Se la considera “una persona que hay que hacerse cargo”, “es discapacitado entonces pobrecito”. Esta mirada responde a una perspectiva individual de la discapacidad que considera a la persona exclusivamente desde su deficiencia, colocando la responsabilidad de “su problema” como una situación exclusivamente individual. De este modo se convierten en objetos de asistencia que deben ser “curados”, “tratados” y “normalizados”, se deben adaptar a las exigencias y los requisitos del contexto. Esta visión, con una fuerte impronta reduccionista, reproduce el estereotipo de la persona con discapacidad como dependiente, pues la mirada se coloca en el déficit, en la falta, en la imposibilidad, reduciendo al sujeto según el estado de sus funciones corporales. De esta manera se reproduce y consolida el estereotipo que asocia la dependencia, la ayuda y la protección a las personas con discapacidad, dejando a un lado las implicancias de las barreras materiales y relacionales en la discapacidad.

Consideran que el nudo de la problemática se encuentra en los bajos niveles educativos que alcanzan, debido a las dificultades que presenta el acceso a la educación. Incluso aquellos que logran acceder y permanecer en el sistema educativo, se enfrentan a centros educativos “segregacionistas”: “no sé qué hacer con él entonces para afuera del salón o para afuera de esta escuela”. Si bien “se supone que estamos en un país inclusivo”, pues existe un marco normativo que establece determinados derechos y obligaciones para las personas con discapacidad, su implementación está lejos de generar un contexto social donde estén dadas las garantías para generar espacios y lugares inclusivos y accesibles. Las situaciones de exclusión y de segregación en los centros educativos son similares a las que se producen en la ciudad. De modo que terminan accediendo a lugares, actividades, determinados por los otros: a las escuelas que les “permiten” el acceso, a los trabajos que los “aceptan”, a los espacios “que pueden entrar y moverse” y “sentirse bien”. Esto sucede incluso en aquellas actividades que se suponen son de recreación y tiempo libre, las cuales están institucionalizadas y reguladas por organizaciones de la sociedad civil vinculadas a la discapacidad. Se genera un círculo cuasi cerrado entre personas que ya están vinculadas a la institución, que son del entorno más próximo, disminuyendo la posibilidad del encuentro con otros. No se democratiza la recreación, el uso del tiempo libre está condicionado por la accesibilidad y el recurso monetario: “hacer un deporte es sólo para algunos”, “para moverte precisás plata”. Estas situaciones no hacen más que tensionar la distancia social, generando círculos donde se vinculan entre similares y se alejan de los diferentes.

5. La información y la formación sobre discapacidad como motores del cambio

Si bien se identifica “una mayor visibilidad de las personas con discapacidad en la ciudad” y se distingue como “uno de los mayores cambios” aún se consideran “marginados” en el uso de la ciudad, “condicionados” por los espacios “más o menos” accesibles y por los circuitos generados por los medios de transporte. Para las personas con discapacidad las barreras a las que se enfrentan de forma cotidiana son derivadas de la falta de información y de conocimiento sobre la discapacidad. Por un lado se encuentra el ciudadano, el otro que, sin discapacidad, no sabe “cómo encarar una situación distinta”, “no sabe” cómo reaccionar, “mira de reojo”, de ahí que aparezcan situaciones donde se coloca a la persona con discapacidad en “minusvalía” y “dependiente”. La distancia social se amplifica debido a las escasas interacciones entre unos y otros. Estas situaciones de marginalización son desnaturalizadas por las personas con discapacidad quienes sostienen que la responsabilidad “no es de ellos”, “no los culpo”, si “nunca nos ven” ni en las escuelas, ni en los trabajos, ni en las plazas, “es evidente que no sepan cómo acercarse”, “que no sepan qué es lo que sabemos hacer”.

Las vivencias de las personas con discapacidad en la ciudad se ven influenciadas por las escasas interacciones, “no nos ven”, “es como que no existiéramos”, “como que no estuviéramos”. Estas barreras relacionales tienen implicancias en las formas de vivir la ciudad, “la gente no toma conciencia cómo puede perjudicar”, “afectan” la movilidad produciendo círculos cuasi cerrados y circuitos restringidos, “forzados” y “exigidos” en función de la accesibilidad. Las barreras, en este caso materiales, comienzan desde la “puerta de casa”: “los obstáculos principales son el “no-no” desde el vamos que no puedes salir de tu propia casa”, “para que podamos salir de nuestras casas es necesario tener lugares”. Los no-lugares son espacios que por su falta de accesibilidad se vuelven “impensados”, “improbables”, imposibles de usar, de transitar, de ser apropiados. La escasez de lugares accesibles y la abundancia de no-lugares disminuyen la interacción entre unos y otros, aumentando la distancia y tensionando la brecha.

Pese a ello, se destaca la “gente que quiere aprender”, los que “tienen empatía” que “intentan darte una mano”, “con buena voluntad”. Esto es la base para la transformación, sostienen, por lo que hay que otorgar buenas referencias, indicaciones de cómo pueden colaborar ante el contexto que coloca obstáculos. Sin embargo no alcanza con la “buena voluntad” de algunos, es necesario, según los discursos de los grupos de discusión, revitalizar el papel de la Intendencia en la concientización de la temática no sólo a los ciudadanos en general sino también a sus funcionarios públicos: “que sepan quiénes somos”. Consideran que las barreras relacionales son “las más necesarias” en derribar, pues a partir de la transformación de “lo que piensan” y de “lo que saben de nosotros” es posible “pensar en una ciudad accesible”.

Para alcanzar esa ciudad se coloca la responsabilidad, fundamentalmente, en la gestión municipal. Se destaca la incorporación temprana de la institucionalidad de la discapacidad y la creación de políticas públicas vinculadas a la temática en la gestión municipal, siendo pionera a nivel nacional. Para realizar las transformaciones, según los discursos de los grupos de discusión, la Intendencia debería “tener oídos para escuchar a los colectivos que tienen discapacidad y generar distintas redes y estrategias para difundir sobre la discapacidad”. Los diferentes equipos de trabajo que “piensan en la ciudad” deberían “tener a una persona con discapacidad o por lo menos una persona que esté capacitada en accesibilidad y discapacidad”, para desnaturalizar las deficiencias e incorporar a la discapacidad en sus agendas, esto “cambiaría mucho toda la estructura de la ciudad”. La Intendencia debería, en tanto actor clave de esta transformación, incorporar en sus discursos y en sus políticas una perspectiva que supere las miradas “de reajo” que “infantilizan” y “victimizan” a las personas con discapacidad.

Si bien la Intendencia tendría un papel preponderante en “la gestión del cambio” vinculado a la mirada de la discapacidad, sostienen que no se lograría “sin nosotros”: “nada de nosotros sin nosotros”. Aparece en los discursos este lema histórico mediante el cual manifiestan sus reivindicaciones sociales y políticas: “va en nosotros también el hecho de romper con un montón de barreras”, “nosotros, aunque somos minoría, somos personas”, “el hecho de que haya gente con discapacidad en todos lados al menos sirve para que se vea la necesidad de que esto se transforme.”. De forma paralela se distingue la “necesidad” de “salir”, “si salimos se logra el cambio”, una transformación que los saque de la invisibilidad, pasividad y dependencia para situarse como agentes del cambio: “- estamos saliendo y se están modificando las cosas, yo creo que no estamos en cero, vamos en camino... - Ojalá que el camino no sea tan largo” (Grupo de discusión de personas con Síndrome de Down).

6. Reflexiones finales

A partir de los discursos de los grupos de discusión de personas con discapacidad es posible sostener que, si bien se manifiestan singularidades propias de marcas biográficas, las personas con discapacidad comparten similares experiencias y vivencias al transitar, recorrer y usar la ciudad de Montevideo. El análisis permite evidenciar en torno a los procesos de segregación que se encarnan en las personas con discapacidad, desnaturalizar aquellos circuitos “cerrados” entre el hogar y los centros de salud o las escuelas especiales, problematizar la mirada del otro y reivindicar el derecho a la ciudad desde la perspectiva y vivencia de sus propios habitantes con discapacidad. En primer lugar, se destaca el alcance de la accesibilidad y la necesidad de trascender la colocación de rampas de acceso en las esquinas de las veredas. Se requiere repensar el diseño de la ciudad incorporando la

voz de los habitantes con discapacidad para disminuir los obstáculos a los que se enfrentan al transitar la ciudad. De forma paralela se manifiestan circuitos “forzados”, desplazamientos “guiados”, “condicionados” por la accesibilidad de los espacios públicos, la frecuencia y las líneas de ómnibus accesibles. De modo que se realizan unos movimientos limitados, reducidos y exigidos en la ciudad, disminuyendo la posibilidad de generar movimientos y circuitos elegidos por las personas con discapacidad. Lo que reduce no solo las posibilidades vinculadas al uso y apropiación de la ciudad sino que además incide en las concreciones de proyectos laborales, educativos y personales.

Con respecto a los espacios públicos, se identifican un conjunto de lugares que presentan dificultades para el acceso y uso (plazas, shoppings, terminales de ómnibus, restaurantes, supermercados). Por un lado se mencionan las plazas como “el” espacio público por excelencia, sin embargo se identifica un uso restringido por la falta de accesibilidad. Mientras que la rambla se distingue como el espacio “más” accesible de Montevideo. Por otro lado, si bien destacan la accesibilidad que presenta el centro de la ciudad, sostienen que “Montevideo no es sólo el centro”. En la periferia de la ciudad encuentran mayores obstáculos y barreras, no sólo la movilidad se encuentra reducida sino también la oferta de espacios públicos y servicios accesibles. En este escenario los medios de transporte adquieren especial relevancia, dado que además de permitir el desplazamiento de un lugar a otro de la ciudad, poseen una connotación simbólica vinculada a la autonomía de la persona con discapacidad: “si me muevo tengo vida”, la movilidad se vuelve un elemento central.

En el uso de la ciudad se dan unas determinadas experiencias que son compartidas por las personas con discapacidad pero son más notorias en las experiencias vividas por las personas con Síndrome de Down, es la discriminación que vivencian en “cualquier lugar de la ciudad” donde “siempre te miran mal”. Esta mirada del otro sin discapacidad es una mirada que juzga, que sitúa al cuerpo “inadecuado” alejado de los estándares del cuerpo “legítimo” que responde a un determinado deber ser. Estos imaginarios sociales responden a la idea de que la persona con discapacidad “es enfermita”, “no puede hacer nada sola”, se la infantiliza y se la vuelve “una carga” para la familia. Es una mirada que considera a la persona desde su deficiencia, colocando la responsabilidad de “su problema” como un asunto exclusivamente individual. De esta manera se reproduce y se consolida el estereotipo que asocia la dependencia, la ayuda y la protección a las personas con discapacidad, naturalizando los procesos de segregación y las situaciones de desigualdad.

Es posible sostener que la ciudad es vivida de forma similar por las personas con discapacidad, se restringe casi exclusivamente a los circuitos y desplazamientos que han sido

planificados como accesibles, al tiempo que la discriminación y la segregación a través de la mirada “ajena” de los otros se encarna en cada uno de ellos. Consideran que las barreras materiales y relacionales a las que se enfrentan de forma cotidiana son derivadas de la falta de información y de conocimiento de la discapacidad. En este escenario entienden imprescindible el rol de la Intendencia de Montevideo en la desnaturalización, problematización y deconstrucción de los procesos de segregación que vivencian las personas con discapacidad en la ciudad. La “gestión del cambio” de enfoque de la discapacidad en la ciudad implica superar aquellas miradas del Montevideo “que mira de reojo a la discapacidad”, habilitando nuevos contextos a los efectos de democratizar la movilidad en la ciudad.

Si bien todo cambio social es parte de un proceso de largo plazo, lento y paulatino, se perciben tendencias que pueden avizorar transformaciones futuras, aunque hoy día se mantienen aquellas condiciones objetivas que constriñen las posibilidades de participación social, de desarrollo de actividades cotidianas y de uso de la ciudad. Es preciso continuar con la identificación de las lógicas de la discriminación y de la segregación urbana para luego abordar las estrategias de intervención desde políticas públicas orientadas al reconocimiento simbólico y material de las personas con discapacidad. Se vuelve imprescindible modificar los imaginarios sociales y los estereotipos, mediante políticas públicas orientadas a acciones de visibilización y concientización a través de la desnaturalización de las situaciones de desigualdad en las que se encuentran las personas con discapacidad. Se requieren prácticas y comportamientos sociales que amplíen las posibilidades y fomenten proyecciones a través de estrategias que permitan que las personas con discapacidad transiten, se muevan, usen y se apropien de la ciudad. Volver accesible una ciudad implica no sólo la eliminación de las barreras materiales y relacionales sino también la transformación en las formas de abordar a la discapacidad.